

MUSGO DE SOLEDAD

De *Fernando González Urizar*

Editorial Aconcagua, Santiago, 1982, 120 págs.

Los signos del tiempo y el acto continuo y pródigo de dejarse mecer y llevar por su corriente han dado una fisonomía a la poesía de González Urizar. Y, con un sentido de la melodía, ha querido encerrar en cada poema una anécdota, un incidente, un recuerdo —muy directo o confuso en su intención, velado a veces y en otras, quiéralo o no, apaciguador o caliginoso—. En ocasiones, la alusión permite revivir un instante, deteniéndolo, poniendo en juego un obturador y la lente sentimental:

*“Hoy abrí por azar, levemente, los hilos
de escarcha, su cárcel,
y por el aire de azul transparencia
se fue atravesando,
pequeño, dormido, desnudo, tan tibio vellón,
el canario,
el más pequeño y alado de todos mis fieles
amigos”*

(“Canario Fugaz”).

Desde sus primeros poemas, lo elegíaco ha sido uno de los modos de expresión del escritor. Fue, primero, una invocación, un tono, un mirar atónito, un salto en el vacío, una pregunta. Es, en la madurez, una encuesta, sueños, imágenes, memorias, pasos, “apartes de la mísera rutina”, pero, sobre todo, un intento por recuperar lo vivido sin negarse a mirar más allá:

*“Me digo que no sé
borrar la diferencia, anonadarme,
que quizá cuándo
Fernando,
otoño
nube
y Urizar
serán pan
y serán hambre
de eternidad, girando, ¡ay, resonando
para volver en blanco a comenzar!”*

(“Largo Anheló”).

Los colores y las cosas sirven para dar cuenta de la existencia, en el intento por asistir a la duración. La enumeración caótica procura pautar sus textos, concediendo tregua a un

sentimiento dominante en la poesía del autor, el del disgregarse. Y, casi miméticamente, va cayendo al abismo con las cosas, en un *perpetuo caer* (para emplear la expresión de Rilke), asistiendo a la muerte y transfiguración, en un intento rítmico por unir las palabras, las cosas y el tono legítimo de un despedirse de todo, entre atisbo y definición.

Sabe poblar de cosas el mundo y habitar en ellas y contra ellas. Nombrarlas para exorcizar o para cargarlas de culpabilidad temporal. Abarcarlas en un abrazo destructor, poniendo la música de "El Oro del Rhin" y fortificando la utilería ("*espumas, golondrinas, llamaradas, lumbre de gracia, anillo verdadero*"). Lo que se extingue exige ocupar un lugar verbal en un universo sobrepoblado, y la música prepara una mitología incidental que inunda el tema, colocándolo, en ocasiones, lejos del propósito de partida.

Sin embargo, mientras llega "el día severo de la muerte" puede aparecer un lugar concreto, como "los muros de Bulnes", o "roperos y baúles, catres, libros", o "ruinas, rosas y plegarias". El espacio es una dilación, una pausa significativa, un disfraz desapaible de la muerte, que niega su forma y enseña la apariencia. Al final, camino del otro final, en un vasto espejo, el poeta se autorrefiere:

"Yo he sido oscuro y bosco, tal vez dure.

Quizás me olvidarán.

La eternidad tendrá sabor a Dios, a piedra sola".

No hay Yorick que perdure. La inocencia verbal, la lucha en contra de la atonía, el juego severo de las palabras salvan. ¿No basta, acaso?

ALFONSO CALDERON

LA CANCION MEXICANA

De *Vicente T. Mendoza*. Ensayo de clasificación y antología.

Fondo de Cultura Económica, México, 1982. 637 págs.

Constituye esta obra un calidoscopio de la vida musical de México, desde el período de transmisión oral a la fijación de un texto. Lo que vino de España o de Italia —por el influjo de la ópera—, las señas de los cantos ceremoniales o de aquellos que entonaban los 'cantadores' en las fiestas, "en las ferias, en los palenques de gallos, en los cumpleaños, en las serenatas o mañanitas, a la orilla de los lagos, en las barcas, en las llanuras, en las montañas, al amor de la lumbre o en la soledad de la humilde vivienda, en el taller o durante las labores de la fábrica; las mujeres jóvenes al barrer la casa, al lavar la ropa o al atardecer, a las puertas del jacal, sentados marido y mujer haciendo tornavoz con las manos. En los días de campo, a la orilla del mar y al rumor del oleaje, en las alegres *chorchas* de estudiantes, en los cuarteles o en los vivaques de los soldados, lo mismo en tiempo de paz que en las treguas revolucionarias cuando cesaban de repiquetear las ametralladoras; canciones entonadas por los arrieros durante las travesías nocturnas o a